

MARÍA EUGENIA RINCÓN

HACIA UNA REVISIÓN DEL CONCEPTO DE «DECADENCIA»
EN LA LITERATURA CATALANA

1. *Una herencia malograda*

La etapa del Renacimiento literario, que abarca en la Confederación catalano-aragonesa un período comprendido entre el gobierno de Martín el Humano y las postrimerías del reinado de Fernando el Católico, aproximadamente de 1396 a 1516, coincide con el siglo de oro de la literatura catalana. Pero, después de esta época, una compleja concatenación de circunstancias históricas, políticas y sociales provoca el comienzo de una postración literaria que se prolongará en los países catalanes durante tres largos siglos. Se malogra de esta forma la cosecha de los frutos producidos por el Renacimiento y el Humanismo del siglo xv, que pudieron recoger, en cambio, las otras grandes culturas europeas; éstas, después de apropiarse el espíritu y la letra de los clásicos, dan vida al segundo Renacimiento, el del siglo xvi, expresándose cada una de ellas —a excepción de los núcleos marcadamente humanísticos— en su propia lengua y de acuerdo con sus peculiaridades nacionales.

Este fenómeno estará ausente de las tierras catalanas. Si surge algún talento, se expresará en la lengua que hace posible el Siglo de Oro castellano: baste citar los ejemplos de Boscán, Timoneda, Gil Polo o Guillem de Castro. ¿Cómo podrían ser calificados aquellos tres siglos de decaimiento literario? Los que sienten inclinación, y la sentimos todos, por los cómodos símiles metálicos —edad de oro, edad de plata— tendrán que designarlos con el apelativo de «edad de hierro». No es una *boutade*. En general, los historiadores de la literatura catalana han aplicado a este período, comprendido entre el crepúsculo de la Edad Media y la *Renaixença* del siglo xix, la denominación genérica, aparentemente no comprometida, aunque confusa, de «decadencia», escrita ya con mayúscula —*Decadència*— en los tratados y manuales. Conste, desde un principio, para entendernos, que no cesa de escribirse en catalán a lo largo de aquellos siglos y que el uso cotidiano de la lengua se mantiene, casi en su total pureza, en la mayor parte de los dominios. De aquí que, al producirse en nuestros tiempos la codificación lógica y científica de la lengua, debida especialmente a la obra genial de Pompeu Fabra, se podrá trabajar sobre el terreno doblemente firme de los clásicos medievales y de la lengua viva.

Lo que, sin embargo, imprime un sello especial a dicha época es la considerable mengua o descenso en el uso literario del catalán, salpicado ahora de calcos

y castellanismos, casi siempre absurdos, junto a la mediocridad estética y al deterioro formal de las obras que se elaboran en la lengua materna de los escritores. Confesémoslo sin rebozo: la mayoría de dichas obras, que no son pocas, en prosa o en verso, al leerlas con espíritu de investigador o de crítico —ya que difícilmente puede resistir su lectura el público medio— producen asombro, irritación y hasta cierto regocijo malintencionado. Puede decirse que no se libra de estos efectos, salvo contadas excepciones, ninguna de estas áreas de la escritura que hemos convenido en llamar, aunque sea de forma convencional, géneros literarios¹. Veámoslo con algún detalle.

2. Manifestaciones literarias

En los dominios de la prosa, dejadas de lado ciertas traducciones de libros caballerescos extranjeros realizadas a través del castellano, la narrativa original se reduce a unas colecciones de fábulas atribuidas a Esopo, a alguna obra alegórico-doctrinal y a una muestra de la literatura de ultratumba, generalmente anónimas. Mayor importancia revisten las producciones de la historiografía, de escaso mérito en estilo, lengua y valor crítico, pero notables, tal vez como actitud reaccionaria, por su intención de mantener vivo el espíritu nacional y de rehabilitar las glorias catalanas frente a la indiferencia oficial; este propósito sobresale en obras particulares, como los interesantes *Colloquis de la insigne ciutat de Tortosa*, de Cristófor Despuig², o, de un modo más diluido, en algunas copilaciones de efemérides reunidas en el siglo XVI y, con mayor particularismo, en historias de carácter general o regional (debidas a Francesc Tarafa, Pere Antoni de Viladamor, Pere Antoni Beuter, Joan Benimelis, Jeroni Pujades), entre las que se lleva la palma el mejor libro de la historiografía e incluso de toda la prosa de la *Decadència*, una falsificación casi genial del siglo XVI, *el Llibre dels feits d'armes de Catalunya*, de Joan Gaspar Roig i Jalpí, que lo adjudicó a un personaje real de los siglos XIV-XV, Bernat Boades³. Sólo en este libro, que ha provocado una de las más agudas polémicas en la moderna historiografía catalana, tenemos una voluntad de estilo y un esfuerzo por el tono del lenguaje, pintoresco y artificioso, ciertamente, pero muy por encima de la prosa corrupta y recargada de los contemporáneos del autor.

Por desgracia, la poesía suele ofrecer unas características y una intención muy distintas. El terreno presenta aquí unas parcelas particularmente autónomas por lo que afecta a la temática. Sin embargo, pese a tales compartimientos y al deseo de analizarlos con benevolencia, escasean en casi todos ellos las aportaciones realmente interesantes. Existen, en primer lugar, ciertas obras de narrativa en verso, de carácter ético-religioso, otras de historia y heráldica y algunas piezas festivas. De mayor interés puede ser nuestra penetración en la poesía propiamente dicha de los siglos XVI, XVII y XVIII, aunque no nos sorprenderá ningún tesoro escondido. La poesía popular, pobre de contenido pero abundante, todavía en vías de recopilación, ofrece, en el aspecto religioso, *goigs* (gozos), villancos y cancio-

¹ Para la producción literaria de la *Decadència*, véase el resumen, presentado con claridad, de Joan Ruiz i Calonja, *Història de la literatura catalana* (Barcelona, Teide, 1954), 345-398; con mayor amplitud y profundidad, en Martí de Riquer, *Història de la literatura catalana*, III (Barcelona, Ariel, 1964), 574-658.

² Publicados en 1557; otra edición, Barcelona, 1877; reeditados recientemente por Eulàlia Durán (Barcelona, Curial, 1981), con importante estudio preliminar y notas.

³ Véase Miquel Coll i Alentorn, *El problema de l'autenticitat del «Llibre de feits d'armes de Catalunya»*, prólogo al vol. IV de la edición de *Els Nostres Clàssics* (Barcelona, 1948).

nes, algunas muy trabajadas y valiosas, como, en el siglo XVIII, las populares *El desembre congelat* y *El cant dels ocells*, universalizado por Pau Casals; en el aspecto profano, coplas y nuevas canciones, a menudo de influencia castellana, incluidas en cancioneros. La fértil escuela satírica valenciana tiene todavía sus continuadores, cada vez más vulgares y lingüísticamente detestables, a lo largo de tres siglos, así como la poesía de certámenes, en Barcelona, Mallorca y Valencia, o los poemas de inspiración política. Pero los cultivadores de tales formas de expresión en verso forman sólo una retahíla de nombres incontables, a veces dudosos, siempre insignificantes, sin relieve ni personalidad.

El panorama se nos antoja menos desolador si entramos en el ámbito de la poesía elevada o erudita, cultivada por poetas más o menos profesionales, especialmente en la Cataluña estricta. Suelen dominar entre ellos el gran ejemplo de Ausiàs March y la hegemonía del barroco, pero les faltan el dominio y el sentido de la lengua, mientras les sobran el mal gusto, la pedantería y la oscuridad. Dejando de lado a Juan Boscán en la literatura castellana, ciertos nombres tienen ahora su peso específico, principalmente en los siglos XVI y XVII, como Pere Serafí⁴, Francesc Vicenç García, más conocido por el sobrenombre de Rector de Vallfogona, quizá amigo de Lope de Vega⁵, el bucólico Francesc Ontanella⁶ y, en un nivel muy inferior, Galceran Durall (o Dusay), Joan Pujol y Josep Romaguera. La ausencia de esta poesía es absoluta en el siglo XVIII.

Si tan bajo, por lo general, es el nivel de los diversos segmentos de la prosa y la poesía, no podrá superarlo el de la literatura dramática, que ya había sido el menos acusado, por si no fuera bastante, a lo largo de la excepcional etapa de los siglos anteriores. Ni en el teatro religioso, caracterizado por los misterios, los textos bíblicos y el hagiográficos o los *miracles* de sant Vicente Ferrer, en Valencia, ni en el teatro profano, integrado por las comedias bilingües valencianas, las parodias, los sainetes y los temas mitológicos e históricos de Cataluña y las Islas, llega a sobresalir, en verdad, ningún nombre, como no sean los de los citados Francesco Vicenç García y Francesc Fontanella o, por algún título aislado, los de Bartolomé Torres Naharro, Joan Timoneda, Joan Fernández de Heredia⁷ y Lluís Milán. La producción, es cierto, no deja de ser copiosa; pero la mayoría de los escritos, como sucede también con los textos de la prosa y de la poesía, ni siquiera llegaron a la imprenta. En buena parte no serían exhumados hasta la época de la *Renaixença* o bien en nuestros mismos días, ya que constituyen una buena fuente, casi inagotable, para la dedicación universitaria y la investigación de los eruditos⁸.

⁴ Véase Joan Teixidor, prólogo a Pere Serafí (*Poesies*), (Barcelona, 1935), en la colección *Els Nostres Poetes*; además, Pere Serafí, *Obres poètiques*, edición cuidada por J. M. de Grau y Joaquim Rubió i Ors (Barcelona, 1840).

⁵ Sobre García, véase J. Molas, *Francesc Vicenç García, rector de Vallfogona*, «Serra d'Or», enero 1976, 34-37. No existe todavía una edición completa de la obra poética del personaje; mientras tanto, puede verse la edición de sus *Sonets* (Barcelona, 1979), prologados por Giuseppe Grilli.

⁶ Véase Anna M. Torrent, prólogo a Francesc Fontanella, *Lo desengany* (Barcelona, 1968).

⁷ La comedia *La vesita* de Joan Fernández de Heredia y la alegoría *L'Església militant* de Joan Timoneda han sido editadas por Josep Massot i Muntaner, *Teatre medieval i del Renaixement* (Barcelona, Edicions 62, 1983).

⁸ Citemos, entre los ejemplos meritorios, la edición, con larga introducción y comentarios, de todo el teatro del mallorquín Sebastià Gelabert («Tià de sa Real»), en tres volúmenes, realizada por Jaume Vidal Alcover (Manacor, 1981, 1982, 1983); además, Antoni Serra-Campins, *Entremesos mallorquins del segle XVIII* (Barcelona, Edicions 62, 1971).

3. Continuidad cultural

De los hechos y los datos, hasta ahora tan sumariamente reseñados, se infiere que el concepto de decadencia, por lo que afecta al cultivo del catalán en términos de calidad y cantidad, resulta ostensible en este período de tres siglos. La literatura que se elabora en catalán es, como hemos visto, pobre, provinciana, anacrónica; por si no fuera bastante, la pérdida de la antigua unidad política y económica entre las tierras catalanas comportó la casi desaparición de la conciencia de unidad cultural y la subsiguiente dialectalización de la lengua (catalán, valenciano, mallorquín, menorquín y otras variantes)⁹. Pero hay que subrayar aquí un hecho aparentemente contradictorio o paradójico: el abandono, en muchos sectores sociales, del catalán o el uso de una lengua llena de impurezas; castellanismos y calcos léxicos y sintácticos no implicaban, de ninguna forma, en efecto, un decaimiento cultural en las tierras de habla catalana.

En todas ellas, por el contrario, se dio el caso, en castellano o en su idioma competitivo, el latín humanístico, de la aparición de etapas de innegable agitación creadora, investigadora e incluso reivindicativa. No deja de ser sintomática, por ejemplo, en esta última parcela, la apasionada apología del espíritu catalán contenida en los citados *Colloquis de la insigne ciutat de Tortosa*, de Cristòfor Despuig, o la defensa de la lengua catalana formulada por Andreu Bosch, de Perpiñán, en su *Sumari, index o epitome dels títols d'honor de Catalunya, Rosselló i Cerdanya*, o, en pleno siglo XVIII, la creencia, expuesta por diversos educadores, a veces en castellano, de que se debe enseñar el catecismo y la gramática en la lengua materna, o la persuasiva ambición patriótica reflejada en la *Gramática i apología de la llengua catalana* del sacerdote barcelonés Josep Pau Ballot i Torres, publicada en 1815 bajo la autoridad de la célebre divisa clásica *Pus parla català, Déu li'n don glòria*¹⁰. Tales formas de reivindicación no gravitan, por supuesto, sobre ninguna base científica relacionada con la historia de los orígenes de la lengua; nacen simplemente de un afán de apostolado y de las raíces del sentimiento y la sensibilidad, pero también, sin duda, del ambiente cultural que poco a poco va imponiéndose al desbarajuste o rompecabezas de la literatura.

Dicho ambiente ha sido analizado, con abundante acopio de datos, por Jordi Rubió i Balaguer¹¹. Se trata ciertamente de un ambiente más denso y más extenso que en los siglos anteriores, menos concentrado en un estamento determinado, más abierto a las iniciativas privadas o corporativas. Se abre, con ello, un dilatado panorama casi inédito ante nuestros ojos. se multiplican las bibliotecas, los libros alcanzan precios asequibles, domina el gusto por las novedades, se generaliza la enseñanza oficial y privada, se va formando una amplia clase burguesa que se complace en verse rodeada de libros, cuadros, tapices y otras obras de arte. Son numerosos los artesanos y artistas que, para ganarse más cómodamente la vida, se establecen en Cataluña, al superar ésta su crisis económica.

Tal vez la nota más elocuente y concreta de esta inquietud cultural reside en las reediciones de determinados libros, que suponen una constante renovación de usuarios. Baste citar unos pocos ejemplos señeros. La obra de Ausiàs March ofrece tres ediciones barcelonesas durante el siglo XVI —en 1543, 1545 y 1580—,

⁹ Véase Joan Lluís Marfany, *Decadència*, «Diccionari de la Literatura catalana» (Barcelona, Edicions 62, 1979), 197.

¹⁰ Más noticias, en J. M. Miquel i Vergés, *La filologia catalana en el període de la Decadència*, «Revista de Catalunya», XVIII (1938), 641-672.

¹¹ Jordi Rubió i Balaguer, *La cultura catalana del Renaixement a la Decadència* (Barcelona, Edicions 62, 1964), 91-157.

y cada edición se ve rodeada de un círculo de devotos que se esfuerzan en fijar el texto del difícil poeta y en desvelar su interpretación. Otro libro muy divulgado es el Diccionario latino-castellano de Nebrija, editado en 1507, 1522, 1560 y 1584; en la última edición se añadieron las correspondencias catalanas a las castellanas, con lo que obtuvo un Diccionario trilingüe. El movimiento cultural amplió, con el paso del tiempo, su proyección y sus conquistas.

No sin razón ha podido afirmarse que en el siglo XVIII todas las tierras catalanas ocuparon la primera línea de la Ilustración en la península: lo acreditan, en los campos de la erudición, la historia, la economía y la política, a veces con limitaciones y otras con proyección europea, la actitud y la obra de Antoni de Capmany, Gregori Mayans, Josep Finestres, Joan Francesc Masdeu, Lluís Galiana, Carles Ros, Ignasi y Fèlix Torres Amat, Antoni Puigblanch o Joaquín María Bover¹². El trabajo de algunos de estos hombres será inseparable de los mismos orígenes de la *Renaixença*, para cuyo inicio se ha fijado la fecha convencional de 1833, año en que Bonaventura Carles Arribau publicó en el periódico *El Vapor* su nostálgica oda «La Pàtria».

4. *Hechos y circunstancias*

He aquí cómo nos hallamos, por consiguiente, ante dos líneas cronológicamente paralelas, la literaria y la cultural, tal vez contrapuestas, pero de hecho, complementarias. ¿Cómo se puede llegar a esta situación anómala, producida de forma casi brusca, increíblemente larga y compleja, conocida bajo el nombre genérico de *Decadència*? Apresurémonos a recordar, como se ha hecho otras veces¹³, que épocas de decadentismo similares a la catalana las ha habido en todas las literaturas y, por lo general, en todas las artes, así como en todas las comunidades políticas. Un caso paralelo, incluso de mayor duración, nos lo ofrece la literatura provenzal, que se mantuvo en la sombra durante un período comprendido entre los últimos trovadores del siglo XIII y el resurgimiento moderno presidido por la figura de Mistral. Pero el paralelismo es sólo aproximado; en realidad, inadecuado. La literatura provenzal del período clásico, en efecto, se reduce casi exclusivamente al cultivo de la lírica y no florece al amparo de una nacionalidad poderosa; la catalana, en cambio, abarca todos los géneros literarios y responde a la realidad histórica de la Corona de Aragón, asegurada por la política y las armas de grandes reyes y proyectada, tal vez erróneamente, en un imperio mediterráneo.

El fenómeno de nuestra decadencia tiene, pues, otras dimensiones, mucho más importantes, y, por tanto, más complejas. De aquí que, al ser sometidas las causas de su proceso a la óptica de la crítica actual, provoquen una polémica también intrincada, apasionada, difícil de ser reducida a unos puntos de aceptación común.

La interpretación tradicional insiste en las razones¹⁴ de orden político-social y, por consiguiente, externas; principio invocado con demasiada frecuencia por los observadores catalanes en las contingencias adversas de su historia: instauración de la monarquía castellana de los Trastamaras; centralización y castellani-

¹² Un resumen de la cuestión, en Enric Moreu-Rey, *Il·lustració*, «Diccionari de la literatura catalana», 330-332; especialmente, del mismo investigador, *El pensament il·lustrat a Catalunya* (Barcelona, 1966).

¹³ Véase Joan Ruiz i Calonja, *Història de la literatura catalana* cit., 338.

¹⁴ Dichas razones o causas están resumidas en Joan Fuster, *Decadència*, «Gran Enciclopèdia Catalana», VI (Barcelona, 1974), 71-72.

zación progresiva de las clases dirigentes; desaparición de la corte local en tiempos de Fernando II; marginación de las tierras catalanas durante la monarquía austriaca y, especialmente, borbónica; desequilibrio económico y demográfico entre Cataluña-Aragón y Castilla. Por lo que afecta al aspecto lingüístico-literario, salta a la vista la endeblez de algunas de estas razones: la penetración del bilingüismo —o del trilingüismo, con el latín— en las tierras catalanas es anterior al 1500, aunque se acentuó, singularmente en Valencia, a partir de los primeros decenios del siglo XVI; por otra parte, no debe olvidarse que la reina Isabel escribía desde Medina del Campo a los *consellers* de Barcelona en catalán, que lo mismo hacía el emperador Carlos al dirigirse a los catalanes y que, bien entrada la época de la decadencia y en plena tendencia centralista, se imprimía todavía en catalán una proposición de Felipe II a las Cortes en 1599. En realidad, la Iglesia, las escuelas y las audiencias mantienen el uso del catalán hasta los desafueros de Felipe V.

Otra interpretación moderna, tal vez más coherente, alega razones de carácter interno, de índole estrictamente cultural; barroquismo precoz, mezclado con esquemas conceptistas; humanismo mal asimilado; escisión de la sociedad catalana, con el distanciamiento del pueblo y el divorcio de la aristocracia; precariedad de la vida universitaria en Barcelona, mutilada por Felipe V; sobre todo, brillante hegemonía de la literatura castellana, admirada por catalanes y portugueses, como más tarde por franceses, ingleses y alemanes.

Es evidente que ambos órdenes de factores negativos deben ser analizados uno por uno y todos a la vez; los unos y los otros son al mismo tiempo apreciables y discutibles; están pendientes, por tanto, de una revisión cuidadosa, realizada sin prejuicios ni apasionamientos. Es lo que se va haciendo de unos años a esta parte; por ello, el tema de la *Decadència* ha experimentado ciertos cambios de planteamiento. Es posible, a mi modo de ver, que, sobre tantos factores invocados, prevalezcan, al fin, ante los postulados de una crítica sosegada, las causas de índole interna; ejemplos más recientes tenemos de florecimiento de las letras catalanas al compás de los movimientos de la cultura universal, a pesar de serle absolutamente desfavorable, incluso con la represión, los acontecimientos históricos.

5. La cuestión del nombre

Es natural que, como consecuencia de los hechos aquí resumidos o aludidos, el concepto de «decadencia» haya sido objeto, durante los últimos años, de continuas críticas y revisiones¹⁵. Parece lejana, sin embargo, la hora de decir la última palabra. Por un lado, las investigaciones recientes han demostrado que la vitalidad del catalán literario entre 1500 y 1800 era más importante de lo que parecía, a pesar de su escasa trascendencia pública, a través de la tipografía, de la dispersión regional o provinciana de la lengua, con la consiguiente incomunicación entre cada una de las zonas «dialectales», y de la especial situación de ciertos

¹⁵ Además de las obras mencionadas hasta ahora, conviene consultar: Martí de Riquer, *Humanisme i decadència en les lletres catalanes*, «Revista de Catalunya», XIV (1934), 249-264; Jordi Rubió i Balaguer, *Humanisme i decadència*, «Revista de Catalunya», XV (1934), 470-483; Manuel Sanchis Guarner, *Els valencians i la llengua autòctona durant els segles XVI, XVII i XVIII* (Valencia, 1963); Joan Fuster, *Nosaltres, els valencians* (Valencia, 1962); íd., *La Decadència al País Valencià* (Valencia, 1977); Jaume Vicens i Vives, *Notícia de Catalunya* (Barcelona, 1954); Joaquim Molas, *La cultura catalana a l'Europa cincentista*, «Serra d'Or», abril 1965, 57-59; Antoni Comas, *La Decadència* (Barcelona, 1978).

núcleos periféricos, como el Rosellón y Menorca, más impermeables a la presión castellana, sustituida por la influencia francesa o la tradición autóctona. Por otro lado, y en contraste con el cuadro anterior, la actividad cultural de las tierras catalanas expresada en catalán y preferentemente en castellano alcanza en general, durante este arco de tres siglos, una altura envidiable, a veces de resonancia europea.

Nos hallamos, en consecuencia, ante un extraño e inmenso claroscuro, en el que las luces y las sombras presentan una distribución desigual y encontrada, por su mismo sentido heterogéneo. ¿Con qué nombre podríamos denominarlo? El de *Decadència*, que se ha aplicado tradicionalmente a dicho período, desde que lo inventó la historiografía romántica en correlación con el término de *Renaixença* y como identificación arbitraria de lengua y patria, parece abusivo en la terminología internacional; por lo menos, es inadecuado, le viene estrecho. Por su amplitud cronológica y la complejidad de los materiales que abarca y manipula, la denominación es propicia a todo género de confusiones. Metodológicamente, es preferible prescindir de ella. Tal vez podría establecerse una terminología más concreta, con aplicaciones a cada fase histórica: supervivencia medieval, barroco y conceptismo, neoclasicismo, prerromanticismo.

Desde luego, con cada uno de estos compartimentos no lograríamos ocultar o disimular la penuria, la vulgaridad y la corrupción de la cosecha literaria, oponiéndola a la validez de la efervescencia cultural. Si el término de *Decadència* resulta impropio para englobar las dos formas de vida intelectual, tal vez podríamos acudir al de *Crisis*: sólo habría que olvidar, para ello, la aceptación originaria del vocablo y aplicarle simplemente, para nuestro caso, el valor de «fase grave atravesada por una literatura», susceptible, sin embargo, de renovarse —más que de renacer— un día con su propia vida rejuvenecida al imponerse de nuevo la conciencia de una unidad cultural, lingüística y sociopolítica.